

MIGUEL ANGEL GARCIA

**DE PALO
A PIQUE**

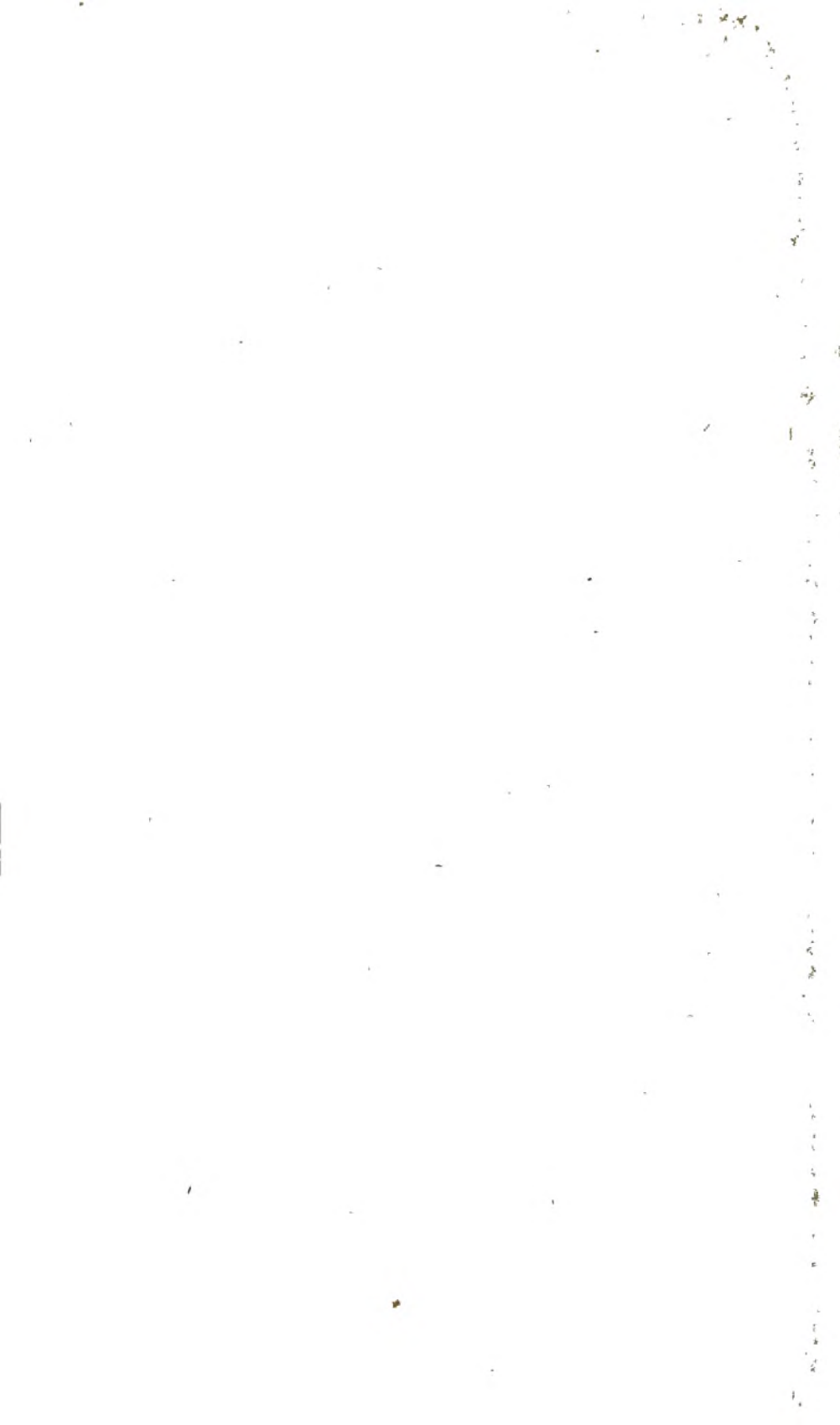


EDICIONES DE MI TERRUÑO



sc-A80-





Mayo 81
Fidal

DE PALO A PIQUE

© EDICIONES DE MI TERRUÑO

Producciones "XIMENA"

Juan Paullier 1054, Montevideo

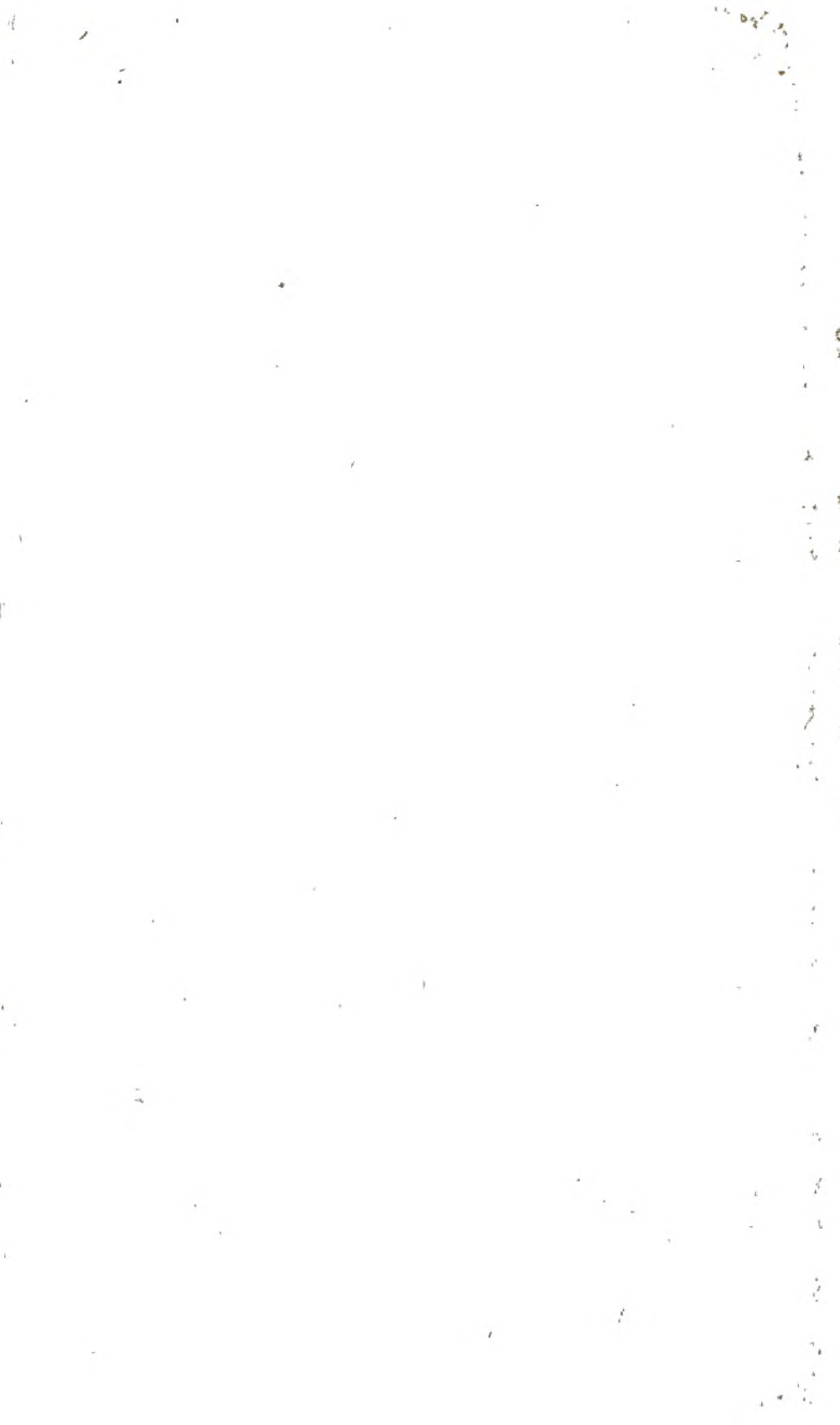
Impreso en Uruguay - printed in Uruguay

MIGUEL ANGEL GARCIA

DE PALO

A PIQUE

EDICIONES DE MI TERRUÑO



MIGUEL ANGEL GARCIA nació en Montevideo en 1924. Desde muy joven se manifestó en él la vocación poética en un comienzo indagadora, hasta que el contacto con el medio rural, sus costumbres y sus pobladores, encendieron en él la inspiración nativista. Desde su primer libro *De mi terruño* (con prólogo de Hugo Emilio Pedemonte) inicia una fecunda obra, poemas y canciones, de la más pura extradición oriental. En 1951 publica *Flores del Campo*, título que le servirá también para sus actuaciones en radio y televisión recitando sus versos en los programas del mismo nombre, donde cosechó singulares éxitos. En 1954 publica *Cachimba*; en 1963, *Trasfoguero* (con prólogo de Juana de Ibarhourou) y, su libro más reciente, *Golilla*, en 1968. Varios premios literarios de relevante importancia han jalonado su ascendente labor creadora. En 1959 obtiene el segundo premio en el certamen nacional promovido para un canto a Aparicio Saravia; en 1962 el primer premio en otro certamen nacional de poesía gauchesca y nativista prestigiado por la Sociedad Criolla Dr. Elías Regules; en 1965, en el concurso auspiciado por El Cielito, obtiene cuatro premios consecutivos, significando con ello la incorporación de nuevos valiosos poemas a su producción; en 1965, en el certamen de la Asociación Uruguaya de Escritores, le corresponde el primero y el tercer premios; en 1967, en el concurso organizado por el Semanario Vanguardia, le es otor-

*gado el primer premio; en 1978 en el concurso La Paz entre los hombres, obtiene el tercer premio, —entre 187 composiciones presentadas—; y en 1979, conquista un nuevo lauro en el certamen El Niño y el Mar, auspiciado por la Armada Nacional, en adhesión al Año Internacional del Niño. Asimismo, este original y talentoso poeta, ha grabado sus poemas en recitados muy personales para el sello Son-
dor; también han grabado sus poemas Santiago Arrieta, José Larralde y Rufino Mario García, entre otros prestigiosos artistas; y sus temas para canto, que en su mayoría ha editado la cancionista y compositora de música popular Marisa Lamar, en memorables realizaciones.*

Miguel Angel García elogiado justamente por consagrados autores como Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdés, Ovidio Fernández Ríos, Yamandú Rodríguez, Claudio Martínez Paiva, Guillermo Quadri, "Santos Garrido", Serafín J. García, etc., es, sin duda, un original y, sobre todo, respetuoso intérprete del auténtico nativismo uruguayo, uniendo a una brillante imaginación, sensibilidad y hondura en sus poemas. En su próximo libro: Campo Adentro —del que ha dado a conocer ya algunos fragmentos— se advierte una nueva dimensión de su obra.

Del cantor

Hay quien entona por lujo
clara la voz y el acento;
pero dice el argumento
sin transmitir lo que canta,
porque no está en la garganta
la hondura del sentimiento.

Cantar es decir la vida
con la música mejor;
integrándose el cantor
a la ruda lucha diaria,
como chispa solidaria
que hace saltar el rigor.

Es buscarse, pecho adentro,
en humana comprensión;
iluminar la canción
con el sol de la confianza
y hacia un tiempo de esperanza
levantar el corazón.

Saber vivir, y vivirse
ajustado a la medida;
hacer que el verso divida
lo que nace y lo que muere,
que aprendiendo lo que quiere,
se le va al hombre la vida.

Si todo se nos da a medias,
medio paso y medio aliento,
sin poner en movimiento
la fuerza de la razón
siempre será la canción
una llamita en el viento.

El que canta porque sí,
canta lo que le conviene
y cantando se entretiene
sus virtudes exponiendo,
pero el que canta, sintiendo,
muestra la hondura que tiene.

Yo lo escuché en los galpones
y en el fogón lo viví
y cuando al cantor le oí
cantar su nostalgia oscura
a su eterna desventura
como propia, la sentí.

Quien pierde lo que no sabe
ignora lo que ha perdido;
y el que su canto ha vendido
finge llorar por su idea,
lo hace para que lo vean
llorar lo que no ha sentido.

El que expone sus razones
interpretando la vida
habrá de dejar prendida
su copla como raíz,
y hará de la cicatriz
la memoria de su herida.

Cantar es cuestión de ver
más allá de la apariencia

cavando en la oscura esencia
donde germina el quebranto,
para que se moje el canto
con la luz de la conciencia.

El canto no es sólo canto;
vale por su contenido;
el que en verdad no ha sufrido
mal puede hablar de aflicción,
llena el alma la canción
de quien canta lo vivido.

La canción del yuyero

A orillas de mi memoria
se agranda un viejo yuyero,
que al apearse de la vida
vino a acampar en mis versos.
Amanece su figura
con el alba del recuerdo,
bajo el peso de los yuyos
viene doblado su cuerpo.
Los pies descalzos, llagados;
el andar vencido y lerdo
vaga amasando el pesado
barro de los sufrimientos.

Del matorral de sus barbas,
igual que un ojo de fuego
su pucho negro de chala
enciende un botón de ceibo.
Con casi un siglo en el arco
desmedrado de su cuerpo,
lo llevo siempre conmigo
como abrigándome el pecho;
que en el pago no hubo nadie
ni más pobre, ni más bueno.

A ninguno le negaba
el yuyo para un remedio.

Siendo el más pobre de todos
se quedaba satisfecho,
sólo con un: "¡Muchas gracias;
Dios se lo pague, yuyerol...

De él aprendí, que el cristiano
no mejora con los pesos...

Ausencia de campo sólo,
monte sólo y sólo estero;
raíz, árbol, flores, alas
y una eternidad de cielo,
mistura de árbol y estrella,
era el alma del yuyero...

Por él, serruchan los grillos
los ramajes del silencio;
y es una queja el murmullo
cansado y largo del viento.

Tal vez Dios le había colgado
como si fuera un cencerro
el don de dar esperanzas
renovadas a los sueños.

Vagaba con la ternura
de un caracol andariego
con su joroba de yuyos
del verano y del invierno.

Si grande fue su miseria,
fue mayor su sentimiento

De él aprendí, que el cristiano
no mejora con los pesos...

En el pago no hubo nadie
ni más pobre, ni más bueno...

Por los campos de mi alma
sigue tranqueando un yuyero,
que al apearse de la vida
vino a acampar en mis versos.

Tizón

Tizón era un gurí de tierra negra;
el tizne de los ojos
le duplicaba el luto de las penas.

A vivir entre sombras lo empujaba
el ignorar su "mancha" de nacencia.
Su nombre de hermanar con el desprecio
de un: "güacho!" le agrandaba la tristeza.

Le cuajaban de rosas —sangre y fuego—
rebenques y alpargatas, su piel tierna.
Cualquiera era su amo; su verdugo.
No hubo una mano amiga, una siquiera,
para su pobre vida sin cariño,
sin luz y sin calor. Ya la existencia
le pesaba en diez años como un yugo,
de andar cargando tanta culpa ajena.

Fue aquel amanecer que halló el cachorro
lastimado gimiendo entre unas matas,
le untó con sus caricias las heridas
que le estaban doliendo en sus entrañas;
y cuando el cachorrito lastimero
la mano agradecido le besaba
sintió aquella emoción en remolino
soplando el rescoldito de su alma;
y al rebozar su pecho, la ternura
le hizo aflojar el nudo de una lágrima.

Y se llenó los ojos, y el silencio
y el sentimiento de esa agüita mansal

Miró el campo desierto, grave, inmenso;
lo tasó al nuevo amigo su mirada,
recortó la grandeza del paisaje
y le dio nombre al cachorrito: "¡Pampa!"

Lo bautizó de hermano aquel cariño
que era el primero en entibiar su infancia;
la primera alegría, el primer sueño,
¡un cielo abierto al sol de la esperanza!

Y fue creciendo el Pampa; y era un lujo
viéndolo emparejar una majada;
abrojo en los talones del negrito,
cabresteaba la sombra de su marcha.

Era feliz Tizón con su aparcero,
hasta que el diablo le cortó la racha..
—“Ché, güacho: el niño Luis quiere tu perro”
—le dijo el capataz una mañana—.
El nada respondió; bajó los ojos
para ablandar con llanto su desgracia.
Después cargó su pena y ganó el monte;
un ceibo vertical bajó una brasa
y él se arrimó, para entibiar la angustia
del frío silvestre que le helaba el alma.

Se escurrió la tristeza, abrazó al perro
y le habló dolorido, estas palabras:

—“...Cómo te voy a dar, si sos yo mismo?
mi amigo, mi juguete, mi compañía...
y no sé el niño Luis p'a que te quiere,
si a él dichoso, no le falta nada.

Y a mí naides me quiso... Como un bicho
me juí cerrando en miedo y desconfianza
lastimao por adentro'e sufrimientos,
y por fuera de golpes y judiadas.

...Naidés me acarició, que yo ricuerdo.
Y pa'más piór, ní sé quién jué mi mama.

Conque si sos lo único en mi vida,
cómo te voy a dar; ¡no es cierto, Pampa!?

Tantiaremos un rumbo, ande se pueda
hayar sin llave una tranquera gaucha;
antes sin vos, me acorralaba el miedo,
y, áura, ya ves, que no le temo a nada.

Y se abrazó del perro tiritando,
y el perro, tiritando, lo miraba.

Después de mucho andar, surgió un **ranchito**
que le ofreció recuesto a su esperanza,
como si al fin de tantos sufrimientos
se apareciera el Angel de la Guarda.

Tata viejo

Yo alcanzo desde mi padre
la presencia del abuelo,
pitando, al clariar, su chala
con mate amargo y recuerdos.

Supo ser para el trabajo
sacao de lo más parejo;
hoy sigue andando la vida
en los sueños de sus nietos.

Lo veo andar a caballo
de poncho y golilla al viento.
Como tallada en quebracho
la estampa del tata viejo.

Al desmontar de la vida
me miro medio sonriendo,
dejó su luz en mis ojos
como para ver por ellos.

Por eso al pintar el alba
su claridad por el cielo
yo le pido a mi guitarra
—almohada de mis recuerdos—,

que despierte en su madera
la canción para el abuelo;
y el alumbra en su sonrisa
el aire fino del verso.

Dejó su luz en mis ojos
pa' poder seguir viviendo.

El niño solo

Metido en un saco de hombre
y en un pantalón muy grande,
las manos en los bolsillos,
los zapatos desiguales,
como un payasito triste
que en el circo de la calle
va embolsando en los fundillos
todo el viento de la tarde.

Y en el callejón del miedo
donde se aprietan los árboles
miedo le crece en las sienes
y en el corazón le late;
un lagrimón contenido
quiere la vista empañarle
y como un yuyo en las grietas
del desamparo le nace.

Ve en el cielo un barrilete
colector, que al remontarse
la alegría de otros niños
va sembrando por el aire.
Ve que su vida pequeña
en esa lágrima cabe
y siente que su pobreza
no puede dolerle a nadie.

Soñó como todo niño
con hadas y con gigantes;
una calesita mágica,
unas marionetas frágiles;

y soñó con un petizo
trotador de claridades,
un alazán todo de oro
que va pisando en el aire.

¡Caballito de ilusiones
que en mis sueños galopaste!

La vida me dió unas cosas;
y otras me han llegado tarde...
Siempre debí esperar mucho;
para mí nada fue fácil

Sin Belén de caramelo,
ni reyes de chocolate;
viendo un pesebre muy pobre
en mis pobres navidades;

y con tanto seis de enero
borrado del almanaque.

En medio de tanto orgullo,
y de tantas vanidades,
¿cómo puede haber juguetes
que el niño jamás alcance;
cómo ignora la pobreza
un Dios que todo lo sabe?,

y da música a los grillos,
oro tibio a los trigales,
enciende las primaveras,
armoniza los cantares
y un milagroso equilibrio
le da al vuelo de las aves;
como pues si en cada estrella
muestra su sonrisa el Angel,
le niega al niño un juguete...

O se olvida, o se distrae;
y no nos pone en el pecho
un corazón que lo salve.

De qué sirve tanto orgullo,
tantas falsas vanidades?

...si no hay piedad para un niño
que va triste, solo y grave

metido en un saco de hombre
y en un pantalón muy grande.

Décimas para el candil

Criollazo candil de grasa
qu'entuavía seguís atao
con un tiento del pasao
a la noche de mi raza;
el tiempo que todo arrasa
te ha pegao un sacudón;
la vida t'hizo un rincón
cerquita de la pobreza,
pa' qu' entibiés la tristeza
de algún rancho de terrón.

Vos alumbraste un ayer
de chiripá y de golilla,
con tu florcita amarilla
medio marchita 'l nacer.
¡Si hasta causaba placer
en la cocina tiznada,
ver tu llamit' asustada,
si entraba' a escuchar el viento,
los pormenores de un cuento
nacido de la mñtiada!

T' estirast' en las truquiadas
para anunciar una flor
aunque ningún jugador
te acreditó las guiñadas;
alumbraste las versiadas
de las antiguas reuniones;
amigo d'esos varones
d'enantes, hombres parejos,

que como vos, son reflejos
de taperas y facones.

Hoy le canto a tu memoria
que ya el olvido arrincona,
¡pues fue a tu luz humildona
que s'escribió nuestra historia!,
si alumbraste tanta gloria,
iluminá mi canción,
que yo con la tradición
de un tiempo gaucho que añoro,
prendo en tu pupila de oro
la chispa del corazón.

Pa'quién...

No tengo dónde... ni quién;
sólo una cruz de silencio...

Bajo el ceibo que plantaron
sus manos, bajo ese ceibo
qu'ella tanto quiso en vida
enterré mi alma y su cuerpo.

Así al alba y la oración
aquí, hasta su cruz me allego,
soplo el fuego, apronto el mate
y ya me sale al encuentro
un motivo pa'la prosa;
armo mi chala y me siento.

Ande me demore un poco
me recibe con un reto:

—Está enojada, mi gaucha?
—le pregunto medio serio—,
y adivino su sonrisa
cariñosa y y'arricuesto
l'explicación p'a ese rumbo:
sí, se m'hizo tarde, es cierto.

Pero ya sabe' stoy solo,
salí a recorrer potreros
y entre unos alambres caídos
se me fue pasando el tiempo.

Cuando 'staba usted, no digo;
me parec'estarla viendo
con el amargo en la mano
aguaitando mi regreso,
y yo mesmo que de novio
exijiendo el lunarejo.

Todo fue tan de repente
que'tuavía no lo comprendo.
Si tomo un mate, se me hace
qu'en la bombill'anda un beso
con el calor de sus labios
querendones y mieleros.

Hoy se me aguaron las vistas
dos o tres veces, lo menos;
a la hora del cimarrón
me atropellan los recuerdos.

El costumbre de amarguiar
juntos, me agranda el silencio;
y es qu'estando solo, el mate
se hace largo qué da miedo...

Por áhi la gente murmura
porqu'en vez de andar de negro
ocasiones m'engalano
con alguna flor de ceibo
como las que usted prendía
en la cinta'e mi sombrero.

Me dicen qu'era una santa,
que l'enllenaban el pecho
las virtudes humildonas
de la malva y del romero.

Qu'era linda y qu'era buena!
Quién cómo yo ha de saberlo?

Quién cómo yo, que la quise
mil veces mas que a mi mesmo.

Yo, que aunque cerré sus ojos
'tuavía no me convenzo
que sea verdá que se ha ido,
y ocasiones, hasta creo
que la escucho en cada pájaro
y qu'en cada flor la veo,
y armo el grito pa'llamarla
... y me doy cuenta... y me muerdo.

Me miro y me desconozco.
Tan solo, tanto silencio...
Por áhi canta una calandria,
suelta su risa el hornero
como pa' distraer mis penas;
es que no sabe que tengo
un manantial de tristeza
cavao muy hondo en el pecho.

Con su querer a mi lao
las penas no hallaban eco;
y eran mansas las heladas
mas filosas del invierno;
los fríos ya no tajiaban,
los soles no traian fuego
porque aquel cariño suyo
era poncho y era alero.

En su nombre de ternura
clarió mi noche, aquel tiempo
aquerenció l'alegría
como pa' siembr' en mi pecho.

Pero la muerte aguaitaba...
y al ñudo fueron mis ruegos.

No tengo dónde... ni quién...
Con el pucho entre los dedos
me pierdo en un cavar
y en un lagrimar m'encuentro.

Yo solo sé como vivo
sostenido en su recuerdo...

Y haiga gente que murmure
porque no me ve de negro;
Vi'andar por las pulperías
mojando en caña mi duelo,
pa'que la gente me mire .
y carcule, dende lejos,
por el tamaño del luto
lo grand'e mi sufrimiento?
Vi'andar reclamando lastimas
que me sirvan de ladero?
Vi'a llorar, pa'que me vean
quienes ni la conocieron?
¡Si mi dolor es tan mío,
pa' quién vi'a vestir de negro?!

Aunque parezca mentira!

Se me ha pegao el costumbre
de andar como sin apuro,
carculando que no vivo
la mitá de lo que duro.

Forcejeo con mi destino
y pa' ver de mejorarlo,
al ñudo busco la suerte,
pero sin hayarle'l rastro.

No es changa andar en la vuelta
sin poder salir del tranco,
siempr'en estas mismas pocas,
regular de vez en cuando.

Según dicen los que saben
no hay mal que dure cien años;
¡la pucha... habrá que aguantar
hasta morir esperando!

Si los golpes enseñaran
—como por áhi dicen tantos—,
por muy bruto que naciera
cada pobre sería un sabio.

Si a mí nadie me cobrara
la vida que yo he sufrido,
si me perdonan la deuda
me moriré agradecido.

Total, ya duré bastante
para lo mal que he vivido

y por la nada que tengo
me puedo morir tranquilo.

Claro qu'echando las cuentas
si hasta la vida la debo,
para pagar tanto bien
tengo que seguir sufriendo.

Por que hay que tener coraje
para morir endeudao,
sin poder entrar al cielo
con semejante pecao.

Después de hallar en la tierra
tanta tranquera cerrada,
comienzo a mirar el cielo
como si fuera una estancia.

Porque ya estoy carculando
que siendo tan desgraciao,
soy capaz de dir al cielo
y encontrarlo con candao.

Así que no sé qué hacer,
si alegrarme de sufrir
o temblar por el infierno
si me llegara a morir.

Y no me quiero morir
—iaunque parezca mentira!—
maliciando que son peores
los rigores de otra vida.

La Mangacha

Por mí que hable la gente...

Usté ha venido, compañero viejo,
pa'prevenirme que la gente habla...

... que no es güena mujer pa'un hombre honrao;
qu'es al santo botón querer salvarla.

Por mí, que hable la gente, hasta enllenarse,
que a mí no han de matarme, con palabras.

¡Y de ande sacó el pago tanta ofensa!

Su pecao jué querer con toda el alma
a un hombre flojo qu'ensució su nombre
y su ilusión de moza enamorada.
¡Porqué no ha de ser güena! Solamente
porque ayer, por amor, tuvo una falta?

Y quién la va'juzgar! Unos "don naides"
que jamás en la vida han hecho nada;
esos que andan buscando en los boliches
nombres pa'manosiarse como barajas,
los que'n vez de ayudarla en el repecho
quisieron rempujarla en la bajada,
y hasta muchas mujeres envidiosas
que les falló el coraje y no las ganas!

Carece ser muy zonzo. Gente güena...
¡Güena, para cebars'en la desgracia!

Y usted ha venido, compañero viejo,
pa'prevenirme qu'esa gente habla!..

Si ella ha sufrido, porque la engañaron,
yo al fin con que derecho vi'a juzgarla.
Siempre juí por la vida a contrapelo,
y supe ser, nomás, güeno... pa' nada.

Sólo un gaucho'e maletas, sin querencia,
ni mas ley que los naipes y la taba.
Con la noche'staquiada en las carpetas,
y la vida perdida entre humo y caña.

Siendo un desorejao, d'esos que hay tantos,
qué le vi'a reprochar! Con qué ventaja

La estoy viendo'tuavía'aquella tarde
que la encontré llorosa y acosada...
Yo no la conocía, y sin embargo
su desventura m'encrespó de rabia.

Me miró tan a l'hondo, tan vencida;
brillaba con tal miedo su mirada,
que pensé defenderla con mi vida,
y ya me perfilé p'hacer patancha.

Ganao el copo... le alcancé mi poncho
—que más que poncho, era un puñado d'hilachas—,
y el pobre, en su afán de protegerla
hasta se me hace que apretó la trama,
y sin mas güeltas le ofrecí el estribo;
hasta el alma esa vez se me hizo de anca...

No bien acurrucaos en mi aripuca,
m'empezó conmovid'a dar las gracias,

y no supe que hacer; armé cigarro
pa'pararle rodeo a las palabras.

Después, ya sabe: ¡Floreció mi rancho;
s'embanderó 'e pañales mi alborada!

Por el gurí y por ella, soy un hombre
que ha cambiao por los surcos las tabiadas

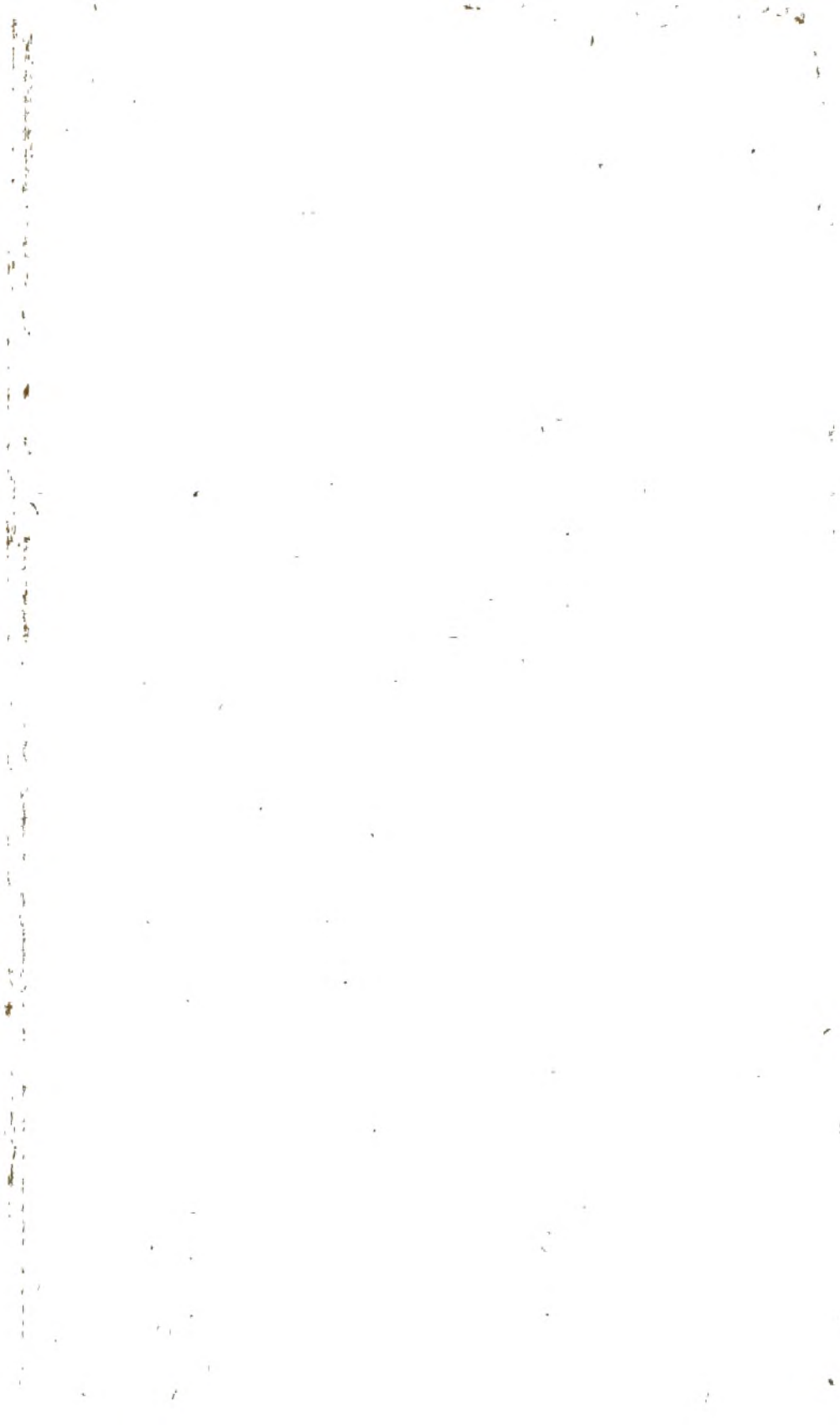
Y usted ha venido, compañero viejo,
pa' prevenirme que la gente habla...

Sin ella yo era naide... un hombre al ñudo
y ella me dió esta juerza firme y larga.

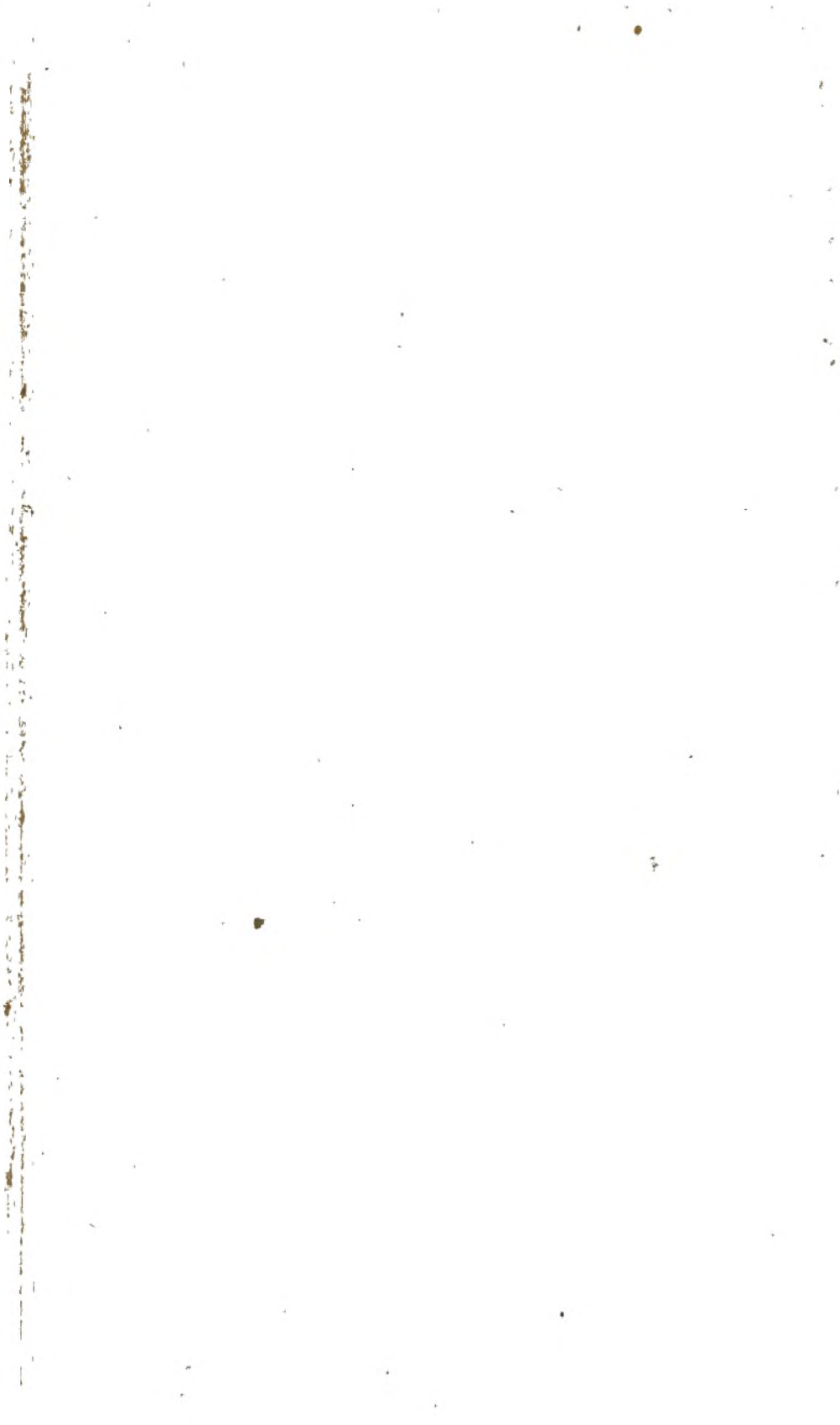
... Si estaba'e Dios, qu' en medio del camino
me la juer'a encontrar a la Mangacha!

Dos infelices que juntó la vida
pa' encender entre dos una esperanza.

... Y mírelo al cachorro..! Usted carcule:
... es mucho capital pa' quién jué nada!



El sembrador



Candil

Candil,
te quiero recobrar
con estos versos;
le renuevo la mecha
a tu memoria
y te arrimo la llama
de un recuerdo.

Muchos te han dicho algo...
y sin embargo
nadie te ha dicho nada...
nadie te ha dicho nada
que mantuviera viva
tu flor amarillenta.

Candil,
te estoy debiendo el verso
que reanime tu lumbre
junto a la sombra azul
de mis abuelos.

Te han venido apagando
con olvido
los que buscando estrellas
tu lenta luz no vieron.

¡Sabe Dios, que tristezas
lagrimeaba tu sebo!

Por no saber llorar
te alimento con cantos
y en mi canto te enciendo.

Ya no eres lo que fuiste...
aunque a mucha miseria
le prestás tu remiendo.

Tu destino no tiene
casi nada de alegre;
pero hay hombres, candil,
tristes hasta en los sueños.

No tocó la guitarra
tu pabilo de insomnio
¡qué alumbró tanto verso!

Quién loa la picana,
que se duerme en herida
y amanece en lucero?

y al curtido "tamango"
sangre y barro por fuera,
barro y llaga por dentro?

ni al manso, resignado,
paciente chacarero,
que se siembra en la vida
y crece en pan ajeno?;

o a tu llama de oro
gastada por el tiempo?

Gaucha candil de grasa,
comentaste la historia,
en muros decorados
con perfiles de gloria.

A tu luz vacilante
silenciosa y amiga,
se escribieron las leyes
de la patria
recién amanecida.

Candil,
te llevo prendido
como una luz del tiempo,

proyectando siluetas
sobre horizontes épicos.

Viejo candil
por eso le renuevo
la mecha a tu silencio
y le arrimo, nostálgico
la llama de un recuerdo.

Capricho campero

La fronda es un pentagrama
con mil notas musicales;
músicos son los zorzales
y es esperanza la grama;
es cordaje cada rama
en gozoso movimiento
cuando las manos del viento
van pulsando la maraña,
¡cuál guitarra que acompaña
de las aves el lamento!

En caireles naturales,
se va aperlando el rocío
que deshace el sol de estío
en las horas matinales;
la brisa, como a raudales,
perfuma en la flor su aliento,
y hasta el suelo polvoriento
el sauzal suele bajar
sus brazos, como a buscar
un nido que voltió el viento.

Luego del sol, al embrujo,
se desmayan los celajes
y se coloran los trajes
del campo con todo lujo;
se incendia el paisaje brujo
como una antorcha rojiza,
después se torna cobriza
a medida que más arde
y en el fogón de la tarde
como una brasa agoniza.

De luciérnagas el velo
fosforea en la extensión
como estrellas de ilusión
que un sueño esparce en el cielo;
la luna, en el arroyuelo
refleja su blanca cara,
como novia que buscara
en la emoción de un instante,
el rostro de algún amante
que en la sombra se ocultara.

Lento el pampero se acuna
en la arboleda dormida
y el camino es una herida
desangrada en la laguna;
ya la esfera de la luna
da su palidez más bella;
se va aclarando la huella
y en el cielo más azul,
pone una nube su tul
entre el azahar de una estrella!

El tape Anselmo

(Sucedido)

Nos criamos juntos; y juntos
nos vió la vida ir creciendo.
Fuimos siempre cuatro brazos
unidos en todo esfuerzo;
más que de amigos, de hermanos
fue mi amistad con Anselmo.

El por qué de ciertas cosas...
;ni Dios mismo ha de saberlo!

Como mordiendo las frases
entre mates, me habló serio:

—“Vea hermano, ando con ganas
de hacerle un ñudo al sendero
con los tientos de unas trenzas
lindazas qu'están queriendo
echarle un pial de cariño
al arisco de mis sueños”.

Se me estrujó el corazón
apagándome en silencio,
cuando el nivel de una loma
me lo borró al Tape Anselmo.
Patrón de mi vida libre,
voluntarioso y campero,
seguí por mis años largos
tropeando penas y sueños
Hasta que el diablo, sin duda,
me puso como señuelo
aquella feria, con tropa

prometedora por medio.
Me gustó el pago; tenía
el sabor de mis recuerdos.

Llegué hasta la pulpería
al tranco del lunarejo
y me apié. Desde el palenque
la ví cruzar como un sueño;
me miró, volvió a mirarme;
con intención la siguieron
mis ojos, siempre en sus ojos;
eran los ojos aquellos
dos carbones encendidos
con relámpagos de acero.

Nos volvimos a encontrar,
el destino sopló el fuego
y en la brasa de sus labios
cuajó la gloria de un beso.

La quise con tantas ganas
de quererla ¡tan inmenso
fue nuestro amor!, que de grande
se desbordó del secreto
y el viento puso en mi oído:
—“Esa moza tiene dueño”...

La esperé como otras veces,
con un dolor casi nuevo;
la noche dobló su tizne
apuntándome el gesto.

Chaire mi vista en la sombra,
adelanté mi silencio...
y ella me bajó la guardia
con el perfume de un beso.

Yo ya te lo iba a contar
—me dijo— me ganó el tiempo;
las horas pasan volando
por este cariño nuestro.
Me habló de un rancho muy triste,
de un hombre huraño, perverso;
de buscar un rumbo claro
para nuestro amor, bien lejos.
¡El por qué de ciertas cosas
ni Dios mismos ha de saberlo!

De madrugada en la fonda
gastaba prosa un tropero:

“Nu’aguanta la marca l’hombre;
sigún dijo el curandero
a mas de las quebraduras
está machucao por dentro.
Mas que domador, paisanos,
jué un abrojo el Tape Anselmo”.

El Tape Anselmo? Ese nombre
me agrandó un presentimiento;
le dí señas de mi amigo...
y era nomás mi aparcero.

La emoción se abrió en galope
desenfrenado de miedo.

Una llovizna en los ojos
me fue mojando recuerdos;
con sus heridas sangrando
en mi dolor, corrí a verlo.

Al entrar quedé temblando...
¡Malhaya el destino perro!

Sentí algo que en la garganta
me estranguló hasta el aliento,
se me nubló la razón;
ella estaba junto al lecho
con los ojos encendidos
como brasas del infierno,
la vida helada hasta el mármol
en la palidez de Anselmo,
y yo que no pude darle
ni mi sangre, ni mi aliento,
ni este corazón... que ahora
me está estorbando en el pecho...!

¡El por qué de ciertas cosas
ni Dios mismo ha de saberlo!...

Ultimo poncho de Artigas

Cuánto cariño de Patria
Guarda en sus pliegues envuelto
ese poncho ya gastado
de tanto apretar silencios
Poncho que en el Paraguay,
en lo duro del invierno,
cubrió sus hombros, su espalda
y fue caricia en su pecho.

Fiel compañero en los años
que castiga más el tiempo,
cuando el frío malicioso
quiere llegar hasta el hueso;
pues siendo débil la carne,
y estando seco el pellejo,
se precisa doble abrigo:
hay frío afuera y adentro.

Aquel gran viejo sentado
bajo el árbol corpulento,
sus manos en el bastón
queriendo apretar los sueños,
y el poncho, como un reparo
atajándole el invierno.

Con sus ojos desvelados
de mirar a los recuerdos,
en lo oscuro siempre claros
y en lo claro siempre lejos;

ojos que supieron ser
como dos puntas de acero;
dos brasas que se encendían
rebeldes de ira y de fuego,
donde un fuelle de coraje
entraba a soplar el viento,
desde el bronce de un clarín
al fragor del entrevero.

Esos ojos que abrasaban
enojados y severos
empujando al enemigo
a las fronteras del miedo;
que sabían con el humilde
ser tan dulces y tan tiernos,
vieron caer, muchas tardes
como lágrimas sus flecos.

Ese poncho desteñado
por la lluvia del silencio
caía sobre sus hombros
justo donde empieza el cielo
y fue el único testigo
de su llanto; su secreto
lo guardó, como se guarda
el amor más verdadero.

Tiene su tela, tejida
con el vigor de sus nervios,
tibia urdimbre de ilusiones
su desamparo ciñendo.

Dios iluminó el telar
donde se estaba tejiendo
la trama que iba a abrigar
los desgarrones de un pueblo
que sufría la soledad

de aquel hombre, cuyo pecho
germinara la simiente
pura y libre de su tiempo.

Poncho escrito con historias
de los patrios sentimientos.

Y cuando llega a su ocaso
el corazón del buen viejo,
cuando pide su caballo
quiere, con su último esfuerzo,
que se escape de la muerte
en un galope sin término,
todo el amor de la Patria:
ya lejos de entrevero...

Envuelto en esa bandera
como tejida de viento,

poncho de paño nativo
en el frío de su cuerpo;
última luz, en la sombra
que amortaja su silencio;

se va Artigas a la gloria
por la América, subiendo;

se hunde, para afirmar
la Libertad de los Pueblos.

Guitarra

Guitarra, por los primores
que enriquecen tu lenguaje
bebiendo al alba el paisaje
van los pájaros cantores;
un embrujo de colores
conquista tu voz amante,
y para que el hombre cante
sus recuerdos más queridos,
le vas tallando sonidos
con destellos de diamante.

Tu música se matiza
áspera, dulce y hermosa,
como una novia celosa
que amando nos esclaviza;
y aunque ya no cicatriza
su recuerdo en mi dolor,
soy planta que dando flor
sus heridas va curando
y en tus cuerdas enredando
guitarra, su desamor.

Ascendió el jacarandá
por tu cintura fragante
para brindarte galante
su eterna sonoridad;
perfume, fe, claridad
y dulzura hecha instrumento,
aflorando el sentimiento
de tus notas primordiales
donde prenden los zorzales
la chispa azul de su acento.

Tiene tu alma musical
brotes en miel florecidos,
cual si incubaran los nidos
tu memoria vegetal;
en tus fibras de panal
siembra el campo su verdor
y al reclamarte calor
el piar de los pichones,
se estremecen tus bordones
con su música mejor.

Yo no sé si es tu sonido
que ha entrado en mi corazón,
o si ha sido tu canción
que en mi voz ha renacido;
siempre al pulsarte he sentido
mis penas desvanecer;
tenés tanto de mujer,
guitarra, que en tu ternura
cabe toda la hermosura
del cielo al amanecer.

El quinchador

Se secó el hombre el sudor
con el dorso de la mano,
puso en el trabajo ufano
su orgullo de quinchador;
lo apadrinaba el amor
y así lo vio el pago entero
aquel domingo de enero
que el rancho lucía en su brillo
como tuse'e cogotillo
bien parejito el alero.

Cuando en aquel nido entró
la dueña de su alegría
con brochazos de oro el día
al mojinete enjoyó;
por ella el monte colmó
de cantares los confines,
verbenas y macachines
engalanaron los llanos
al embrujo de sus manos
florecidas de jazmines.

Sus ojos de hondo recelo
nacidos pa' enamorar,
sabían prender al mirar
como brasas el desvelo;
bien renegrido su pelo,
de oscuro casi azulado;
trigueño el rostro, enmarcado
por un fulgor sin resabios
y la gloria de sus labios
de un rojo tornasolado.

Agresivamente hermosa,
su piel de rosa y trigal;
anticipaba un panal
cimbreado, altiva, armoniosa;
en su cintura nerviosa
y el altar de su cadera
una ardiente primavera
todo el cuerpo le encendía
cuando a su espalda caía
la brillante cabellera.

Eran sus piernas torneadas
una talla de primores
como apoyando entre flores
sus diminutas pisadas;
un palomar de miradas
prendía su gesto burlón;
coqueta, hacía ostentación
de su belleza insultante,
como una rosa fragante
abierta a la tentación.

Aquella mujer tenía
guardando su gesto airado
un jaguar agazajado
en la mirada bravía;
si altiva ella reía,
tenía su risa colmada
una fuerza arrebatada
y era su violencia tal
que hería como un puñal
su sonora carcajada.

Fue su belleza salvaje,
su pecho sin emoción,
tan cruel, tan sin corazón
que arrodillaba el coraje;
su capricho que hizo ultraje

del amor y de la vida,
razón honda de esa herida
que cuajó en idios y anhelos
charco rojo de los celos
toda su sangre vertida.

Ni la piedad d una flor,
ni una lágrima, ni un rezo;
ni la memoria de un beso
dejó el mozo quinchador;
volvió al rancho, que su amor
soñó de gloria y terneza,
y al maldecir la belleza
de aquella mujer artera
con un lazo a la cumbrera
colgó su última tristeza.

Guitarrero del campo

Guitarrero de mis campos
que en sus noches de cantor
tenía su alta memoria
atada en el diapasón.

En los labios le colgaba
el pucho de una canción
hasta que soplaba un verso
como una estrella, su voz.

En pencas y en pulperías
y en las ruedas de fogón
su guitarra era un cencerro
amadrinando emoción.

Ponía en el canto herido
tanta ternura su voz
que parecía el estilo,
una lágrima hecha flor.

Sin patrones y sin rancho
por esos campos de Dios,
desviraba los paisajes
para trenzar su canción.

Prendido de la sidera
llevaba un tiempo mejor
y apuntalaba recuerdos
un sueño cabrestador.

Siempre iba dejando a cuenta
de cada buena intención,
por cada herida de ausencia
una semilla de amor.

Supo templar su guitarra
con brasas de tradición
igual que el cielo y el río
templan las brasas del sol.

En los labios le colgaba
el pucho de una canción,
sólo un humo de memorias
le fue quedando en la voz.

Milonga

En esta milonga gaucha
suelto mis coplas al viento;
para decir lo que siento
ante nadie me rebajo:
soy templado en el trabajo,
el rigor y el sufrimiento.

Y con uno que me escuche
no ambiciono más abrigo;
la confianza de un amigo
al hombre le da valor:
con un solo sembrador
la tierra da mucho trigo.

Vale más quien siembra un grano
que quien por vicio destroza;
hace a la mujer hermosa
un cariño verdadero;
la mano del jardinero
le da belleza a la rosa.

El animal resabiado
no entra en corral de rama
según el hilo y la trama
rinde al telar el trabajo,
Porque es la leña de abajo
la que hace subir la llama.

La vida pone en las cosas
en lo hondo lo verdadero;
el hombre noble y entero

no maltrata al infeliz,
la fuerza de la raíz
es la que aguanta al pampero.

Muchos, sin tener cimientos
quieren trepar de un tirón;
ignoran que no es cuestión
de subir salteando escalas,
a las fuerzas de las alas
las impulsa el corazón.

No debemos olvidar
de que Jesús fue un obrero
tal vez presintió el madero
su obstinado corazón.
Moldearon la redención
sus manos de carpintero.

Para el que sabe sentir
lo exterior es lo de menos;
son los sentimientos plenos
los que han de prevalecer;
todos traemos al nacer
la obligación de ser buenos.

Se puede ser pobre o rico
ya por suerte o por herencia,
sólo mide la conciencia
la hondura de los valores,
que entre los bienes mayores
tiene el hombre la decencia.

Puede ser un hombre sabio
desoído o ya olvidado;
porque nadie está obligado
a ganar gloria y renombre;
pero es el deber del hombre
ser, en toda prueba, honrado.

Por muy grande que sea un hombre;
por muchas que sean sus galas,
debe pensar que lo iguala
sin vanidad y sin orgullo
un gusano en su capullo
que hace en silencio sus alas.

Disfrazan tanto las cosas
que hacen del sol un capuz
y al fin confunden la luz
y olvidan por vanidad
que Jesús con la verdad
subió descalzo a la cruz.

No crea ninguna que digo
lo que digo, por decir;
por algo supe vivir
cimbrándome sin doblarme
y aquel que quiera probarme
que me acompañe a sufrir.

Golpes que andaban perdidos
me encontraban sin buscarme;
hasta cuando ha de tratarme
la vida como entonado,
que no me da de apurado
ni tiempo para curarme.

Soy cantor humilde y franco,
ni el más malo ni el mejor;
pero eso sí, soy cultor
de la verdad lisa y llana,
pues mintiendo se hace vana
la obra noble del cantor.

El cristiano que es de ley
si en esta huella se planta

y la bandera levanta
de su pueblo en el cordaje,
debe tener el coraje
de jugarse cuando canta.

No sé si será la caña

Yo no sé qué diablos tiene
el barro de qu' estoy hecho...
Medio se habrá enfriao el horno
sancochándome los sueños.
Es seguro que al pisarlo
no lloró una gota el cielo,
por áhi qu'el agua salobre
le menudiaron sin miedo.
Tal vez por no haber tenido
ni la mitá de un consuelo,
a veces siento que vivo
sólo con el lao izquierdo.

Lo malo es que no ando solo,
por lo que a mi paso veo
han hecho barro pa'muchos
en el mismo pisadero.
Claro barro a medio hacer;
barro flojo... yo comprendo
que le crezca un yuyerío
tiernito pero agüachento;
húmedo de calagualas
y tembloroso de helechos.

Cuando mozo, hubo veces
que hice almácigo de sueños;
tierra oscura; florecida
de pasar entre mis dedos.
Le formé como un reparo
pa' dijusto del invierno;
poncho de hojas, parejito,
pero lo mismo murieron.

Un sauce voluntarioso
prendería raizudo y fresco;
aunque es capaz de llorar
sobre'l pañuelo del viento;
tiene fáciles las lágrimas
y guarda mucho silencio...
y yo el lao de la tristeza
lo tengo buchón de lleno.
De alma me hubiera gustao
ser mejor que sauce, un ceibo,
pa'juntar brasas de sol
y darm'en flores de fuego.

Porqu'es fieraza la vida
pal pobre pión, compañero;
hay veces que la miseria
nos duele hasta en los remiendos.

Qu'están escasas las changas,
que valen poco los pesos
y que uno anda despilchao
casi de pata en el suelo.
Sublevaos los dedos grandes
porfiando con los aujeros
se salen de l'alpargata
curiosiando entre los flecos.

Hay que hamacarse, compadre,
si viene bravo el invierno;
güasquiándose por las gueyas
siempre peliando el puchero.
Así arrastro una existencia
que traigo dende muy lejos
siempre como a remezones,
tan aplastao, en repecho
que al no ser porque me duelen
ni los conozco a mis güesos

Alguna vez qu'el trabajo
me da un rinde más o menos,
me atraco en un mostrador
p'hayarle un tutor al cuerpo.
No sé si será la caña...
pero se me agranda el pecho,
y al volver sobre mi rastro
como en mis años m'encuentro
plantao sobre una cuchiya
corajando a los recuerdos;

no es d'extrañar que levante
una bandera de sueños,
o salga a lonja y rodaja
tragándome'l campo abierto.

Si se me hace que jué ayer
cuando jineteaba en pelo
los baguales, y las penas
de los amores matreros.

Si me dejara llevar
colijo que hasta pelea...

Pero uno sabe en el fondo,
destetao dende hace tiempo,
que son cosas de la caña,
y el mamarse... no es remedio!

Cruzando la vida

Según la manera de mirar la vida
es como se forma el hombre por dentro;
pues las mismas cosas que agobian al pobre
ni le hacen al que anda de capincho lleno.

El hombre ocasiones va de rienda suelta
y estribando largo como de paseo;
sólo por el vicio de aprender caminos
sin ansias, ni apuro de llegar más lejos.

El caballo elije la senda a su antojo
llevando de tiro la sombra del perro;
con el cuerpo flojo, l'alma livianita
y poblando campo con el pensamiento.

Va facilitando, invierte en confianza
los años que lleva pegao en el basto
y hace de ignorante medianero al zonzo
que llevamos dentro pa tentar al diablo.

Por áhi el enteco le cobra el descuido
y en la costalada lo acuesta en el pasto;
es cuando repara que merece'l susto;
se fio demasiado, y el golpe l'enseña
que naide con juicio le arrienda ganancias
al que así confunde bondá con bobera.

Pasó la existencia lidiando abrojudos
y amoldó a corcovos su fama pareja;
siempr'entre baguales y siempre domando
d'estancia en estancia, mochó las espuelas

Y hoy que de aburrido ha enfrenao un manso
el pobre matungo va y lo basurea.

Sin muestra de enojo, sentao en el suelo
queda con cachaz'armando un cigarro;
y al verse de golpe las piernas cangüecas
por la vez primera, se queda sismando
que se hizo bichoco a lonja y rodaja
y hasta malicea que nació a caballo.

Es que por la vida va desprevenido,
como no ambiciona, se arregla con poco;
de áhi que muchas veces en medio'el invierno
recién se da cuenta que ha prestao el poncho.

Hombre de opiniones serenas y firmes;
él siente profundo respeto por todo,
el canto de un pájaro, la flor de un yuyito
llenar su alma simple de emoción y asombro.

Se siente muchacho si un pichón perdido
alza en su mano, le alegra los ojos;
y así como tiene la ternura fácil
es tigre'n su oficio de amansar los potros.

Campechano, a todo l'encuentra el lao bueno
y ni se hace idea que pueda haber otro;
no juzga ni acusa; vive haciendo amigos
con su amor sencillo, calladito y hondo.

Tusando resabios mejora el domingo,
levanta sus días rasquetiendo penas;
y después con yeito repasa a cepillo
recuerdos rebeldes d'entre las basteras.

Así cruza campo sin prisa, a la antigua,
porqu'en sus maletas no hay lugar pa'tirrias;
que al hombre lo matan más que enfermedades
odios que envenenan, y celos y envidias.

Sabe bien, qu'encima de ambición y orgullo
está la guadaña que nos empareja...
y qu'en esta vida lo único seguro
es qu'el hombre'es barro... y al polvo regresa...

Siempre hay algo que aprender

No es más sabio el que más sabe,
si no quien mas da, sabiendo
que el rumbo que está siguiendo
otros luchando lo abrieron,
la siembra que ellos hicieron
es la que va recogiendo.

Quien más sabe, es quien mas **tiene**
la obligación de enseñar;
es bueno que sepa dar
lo que en suerte fue aprendiendo;
si nadie nace sabiendo
de qué se puede jactar?

Debe enseñar lo que sabe
sin ser demasiao severo;
es el sabio verdadero
el que da lo que le han dado;
porque en parte habrá pagado
lo que el aprendió primero.

Yo aplaudo al hombre que da
su mensaje sin orgullo;
como abre aroma el capullo
aunque el tallo no lo sabe,
y da sus trinos el ave,
y se da, en flores, el yuyo.

Me gusta la ciencia sana,
la que alivia el sufrimiento;

¿cómo puede estar contento
quien vive para su nombre,
si no es para bien del hombre
para qué sirve el talento?!

Es sabio aunque no lo sea
como norma establecida;
hay una talla aprendida
en la piedra del sufrir,
que es la que enseña a esculpir
en el dolor de la vida.

Qué poco sé y mucho ignoro
decirlo no me avergüenza,
en realidad no compensa
vivir temblando y fingiendo;
es feo mentir sabiendo...
pero ignorar no es ofensa.

Claro que en todas las cosas
siempre hay algo que aprender,
y que es necesario ser
copia del rumbo derecho;
pues por mucho que haya hecho
hay mucho más por hacer...

Yo sé que he aprendido poco,
más por ello no me apeno;
y sigo firme y sereno
y en lucha al mejor me igualo,
para mejorar lo malo
yo sólo aprendo lo bueno.



Indice

<i>Prefacio</i>	7
Del cantor	9
La canción del yuyero	12
Tizón	14
Tata viejo	17
El niño solo	18
Décimas para el candil	21
Pa'quién	23
Aunque parezca mentira!	27
La Mangacha	29
 <i>El sembrador</i>	
Candil	35
Capricho campero	38
El tape Anselmo	40
Ultimo poncho de Artigas	44
Guitarra	47
El quinchador	49
Guitarrero del campo	52
Milonga	54
No sé si será la cana	58
Cruzando la vida	61
Siempre hay algo que	64



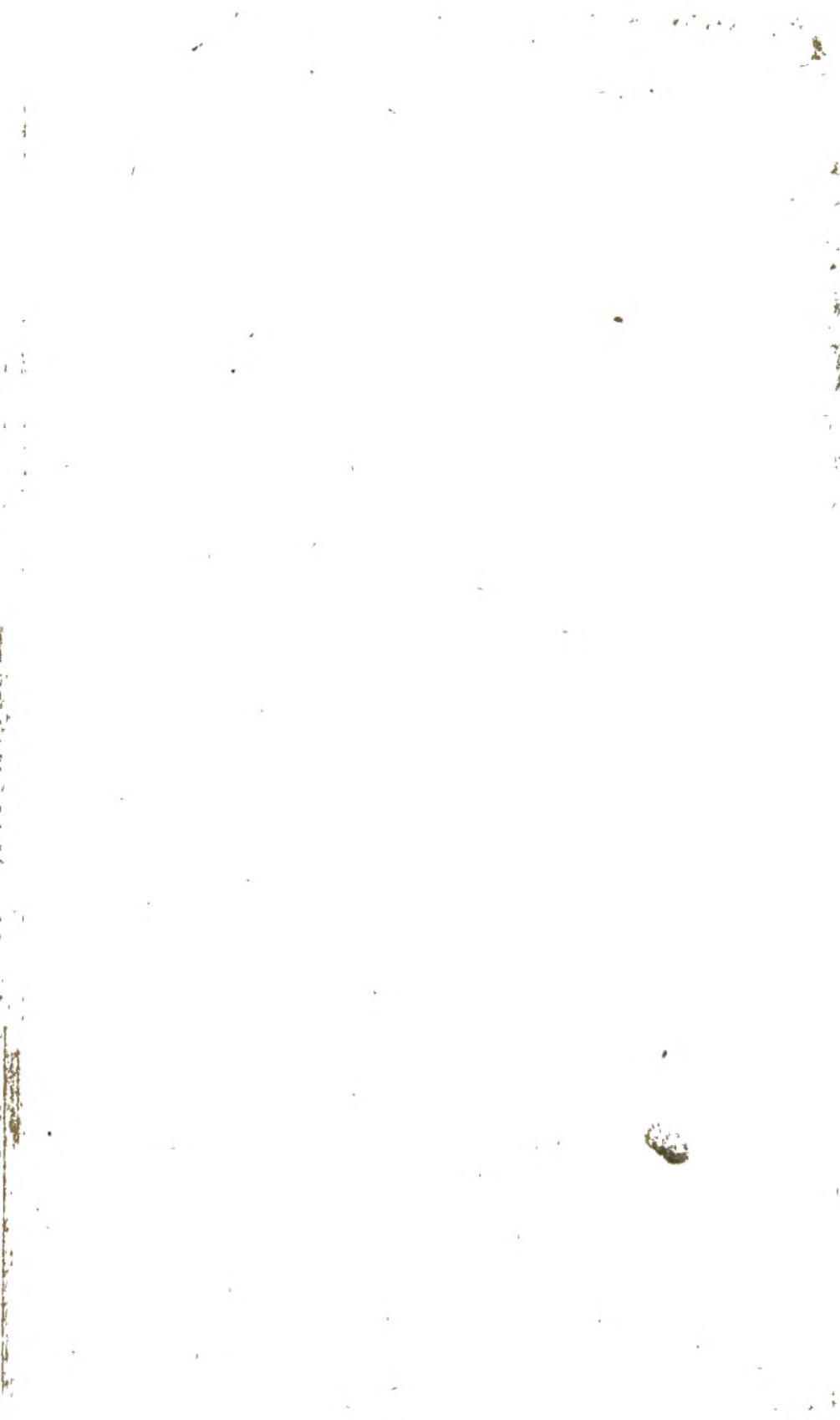
EDICIONES DE MI TERRUÑO

OBRAS DEL AUTOR

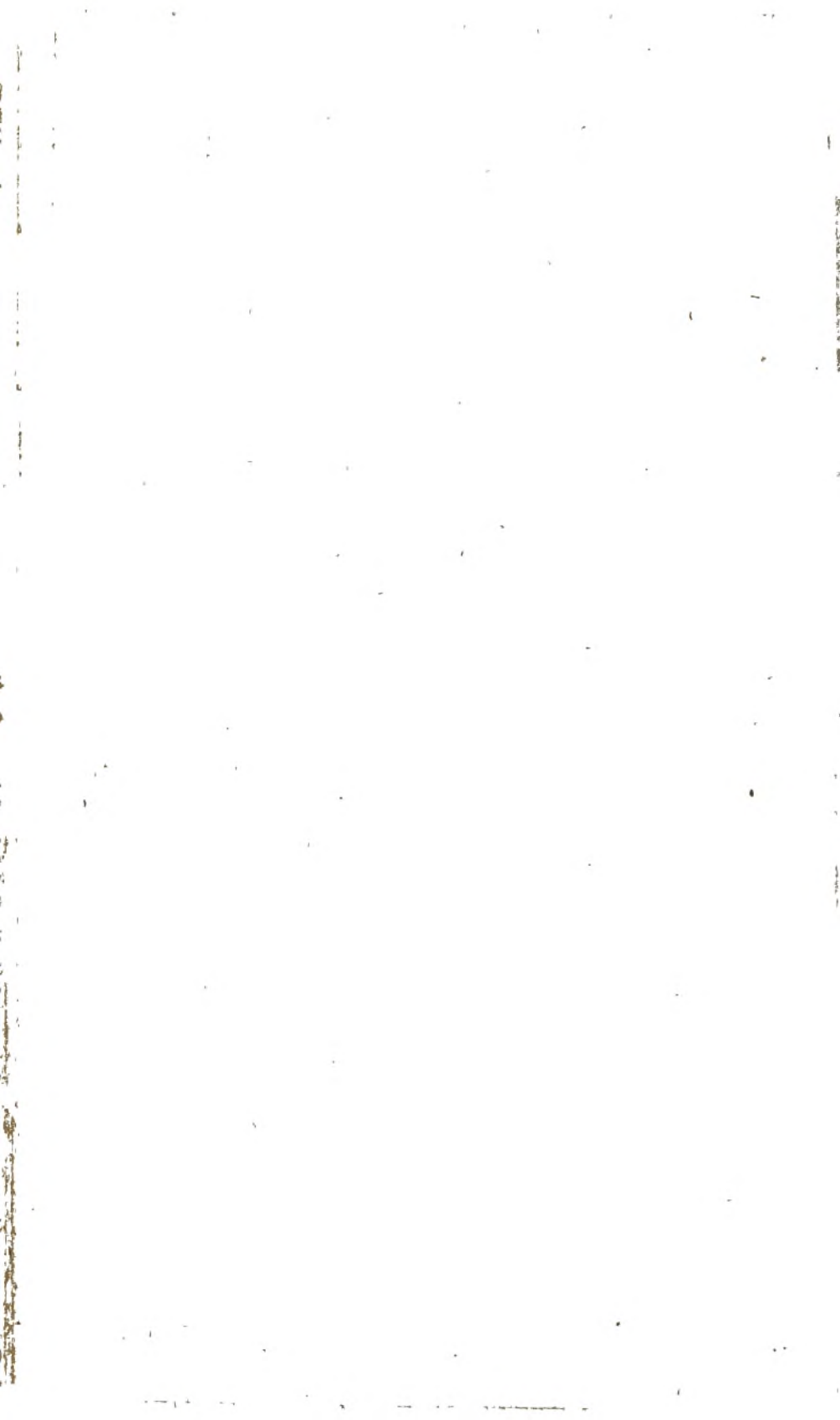
- **De mi Terruño**
- **Flores del Campo**
- **Tizones**
- **Cachimba**
- **Trafoguero**
- **Golilla**
- **Campo Adentro**
(próxima aparición)

PRODUCCIONES "XIMENA"

Juan Paullier 1054



Se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos s.r.l. en el mes
de enero de 1980. Edición
amparada en el artículo 79 de
la ley 13.349. Depósito legal
Nº 146.562/80





Miguel Angel García elogiado justamente por consagrados autores como Juana de Ibarbouro, Fernán Silva Valdés, Ovidio Fernández Ríos, Yamandú Rodríguez, Claudio Martínez Paiva, Guillermo Quadri, "Santos Garrido", Serafín J. García, etc., es, sin duda, un original y, sobre todo, respetuoso intérprete del auténtico nativismo uruguayo, uniendo a una brillante imaginación, sensibilidad y hondura en sus poemas. En su próximo libro: Campo Adentro —del que ha dado a conocer ya algunos fragmentos— se advierte una nueva dimensión de su obra.



PRODUCCIONES "XIMENA"